

sobre todo abstenerse de discusiones civiles. Los tribunos recriminaban diciendo que aquello se hacía de intento para estorbar la ley: de pronto (porque todos los años se reproducía el mismo círculo de acontecimientos), comunican los hérnicos que los volscos y los equos, á pesar del quebrantamiento de sus fuerzas, rechacen sus ejércitos: en Anzio está el núcleo de la maquinación; los colonos anziotas se reúnen públicamente en Ecetra; este es el origen y estos los medios de la guerra. Ante estas noticias, el Senado decreta una leva, y manda á los dos cónsules que se repartan los mandos militares; debiendo marchar uno contra los volscos y otro contra los equos. Los tribunos alborotan en el Foro: «Esta guerra de los volscos es una fábula preparada por los hérnicos. No se oprime ya solamente con la fuerza la libertad del pueblo romano, sino que se la elude con la astucia. Como la destrucción casi completa de los volscos y de los equos no permite prestar fe á un armamento casi espontáneo de su parte, se buscan nuevos enemigos; infámase á una colonia fiel y vecina; el Senado declara la guerra á los anziotas inocentes; la hace el pueblo romano; le carga con el peso de las armas; saca precipitadamente las huestes fuera de las murallas, castigando con el destierro y el alejamiento de los ciudadanos los ataques de los tribunos. De esta manera, y no teniendo otro objeto aquellas maniobras, triunfarán de la ley, á menos que no se aproveche el momento en que nada se ha hecho aún, en que se encuentran en Roma, revestidos de la toga, para conservarse una patria, para libertarse del yugo. No faltará apoyo al valor; todos los tribunos están de acuerdo; no hay enemigos que temer, ni peligros exteriores; los dioses atendieron el año anterior á la segura defensa de la libertad.» Así decían los tribunos.

En la parte opuesta y delante de ellos, los cónsu-

les habían colocado sus sillas y procedían al alistamiento. Acuden los tribunos y llevan en pos á los que les escuchan. Apenas habían citado algunos, como para tantear la situación, se traba la lucha. El licitor detiene á un ciudadano por orden del cónsul; el tribuno manda que le suelten; atropéllanse los derechos; la fuerza y los golpes son los únicos medios de conseguir lo que se pretende. Lo que habían hecho los tribunos para impedir el alistamiento, lo hicieron á su vez los patricios contra la ley presentada todos los días comiciales. La señal ordinaria del disturbio era la orden de votar que daban al pueblo los tribunos (1); los patricios se negaban entonces á abandonar sus puestos. No acudían los ancianos á estas reuniones, en las que se prescindía de la prudencia y todo se concedía á la fuerza y á la temeridad; frecuentemente hasta los mismos cónsules se retiraban, temiendo exponer su dignidad á algún atropello en medio del desorden. Allí estaba Kæson Quinceio, joven orgulloso de su linaje, de su fuerza y de su estatura. Estas cualidades que debía á los dioses, las había realizado él mismo con multitud de hazañas brillantes y con sus triunfos en la tribuna, no habiendo en Roma ninguno más elocuente ni más intrépido. En pie, en medio del grupo de los patricios, á los que dominaba con su estatura, y como si gozase de todas las dictaduras y todos los consulados con su voz y sus fuerzas corporales; bastando solo para los ataques tribunicios y las tempestades consulares. Frecuentemente á la ca-

(1) En el momento de votar las leyes, elregonero llamaba las centurias según su rango; entonces dejaban el punto en que se encontraban reunidas, y cada una se encerraba en el círculo (*septum* ú *ovile*) que le estaba destinado. Era éste un espacio rodeado de tablas (*locus tabularis inclusus*), cercano al tribunal consular. Un estrecho paso, algo elevado del suelo y llamado *pons* ú *ponticulus*, conducía á él. Las curias pasaban una después de otra.

beza de los suyos, arrojó del Foro á los tribunos, dispersando y poniendo en fuga á la plebe: El que caía bajo su mano se retiraba cubierto de contusiones, destrozada la ropa, y era fácil de ver que si se autorizaba aquella conducta, era asunto terminado el de la ley. Entonces fué cuando A. Virginio, encontrándose ya los tribunos, sus colegas, en cierta manera vencidos, presentó acusación capital contra Kæson. Pero aquel carácter indomable se irritó más que se abatió por la acusación, oponiéndose con mayor ardor á la ley, estrechando al pueblo y haciendo á los tribunos una guerra que parecía legitimada por ellos mismos. El acusador dejó que el acusado se precipitase por sí mismo con nuevos excesos, para excitar y alimentar el fuego del odio. Continuóse proponiendo la ley, no tanto con la esperanza de triunfar, como por provocar á Kæson. Todos los hechos y dichos á que se entregaba en aquellos debates la aturdida juventud recaían en él solo, objeto ya de las prevenciones; se resistía á la ley, y A. Virginio repetía al pueblo: «¿Cómo, romanos! ¿No comprendéis que es imposible tengáis á Kæson por conciudadano y la ley que deseáis? ¿Pero á qué hablo de ley? Coarta la libertad: con su soberbia supera á todos los Tarquinos. Esperad que sea cónsul ó dictador ese simple ciudadano, que ya reina por su fuerza y su audacia.» Multitud de gentes apoyaba estos discursos, se quejaban de malos tratamientos é impulsaban á porfía al tribuno á persistir en la acusación.

Acercábase ya el día en que debía ser juzgado, y era fácil de ver que los ánimos se inclinaban á unir á la condenación de Kæson la causa de la libertad. Obligado á ceder al fin, descendiendo hasta las súplicas más humildes. Acude acompañado de sus parientes, que son los personajes más notables de la ciudad. T. Q. Capitolino, cónsul tres veces, al exponer los gloriosos títulos de

Kæson y de su familia, dice que «jamás en la familia de los Quincio, ni siquiera en la ciudad de Roma, se vió carácter tan grande, cualidades tan notables y tan sólidas; á sus órdenes militó por primera vez Kæson y frecuentemente le ha visto luchando con el enemigo.» Sp. Furio confiesa que «habiéndole enviado Quincio Capitolino á Kæson cuando se encontraba tan estrechado, él solo fué un refuerzo, y ninguno como él cooperó personalmente á la salvación de la república.» L. Lucrecio, cónsul el año anterior, brillando con reciente gloria, abandona una parte de ella á Kæson, cuyos combates recuerda, cuyas hazañas refiere en diferentes encuentros y en batalla campal. Invita á los romanos á que se persuadan de que «aquel extraordinario joven, dotado de todas las ventajas de la naturaleza y de la fortuna, ejercerá grande influencia en los asuntos de la ciudad, cualquiera que sea el punto adonde dirija sus pasos, y que Roma debe preferir ver en él un ciudadano suyo, á verle el ciudadano de país extranjero. Lo que en él ofende, el ardor, la audacia, el tiempo lo calma diariamente; lo que le falta, cada día lo aumenta la prudencia. Si la edad, aminorando sus defectos, madura también sus virtudes, qué se deje á tan grande hombre envejecer en la república.» En medio de éstos, su padre L. Quincio, llamado Cincinnato (1), se abstiene de repetir estos elogios, por temor de aumentar el odio, limitándose á pedir perdón para los errores, para la juventud de Kæson; suplicando le dejasen su hijo, porque él jamás había ofendido á nadie de palabra ni de

(1) Pretende Dion Casio que se le llamaba así porque acostumbraba rizarse el cabello. Pero esta etimología no cuadra bien con las sencillas costumbres de Quincio. Es mucho más verosímil que recibiese este nombre porque su cabello estuviese naturalmente tan rizado que diese lugar á creer que usaba medios artificiales.

obra. Unos, por vergüenza ó por temor, prescindían de estas súplicas; otros las oponían los malos tratamientos de que sus parientes ó ellos mismos tenían que quejarse, y por sus duras respuestas revelaban cuál había de ser la sentencia.

Además de la animosidad general, pesaba sobre el joven una acusación muy grave. Marco Volscio Tictor, que había sido tribuno del pueblo algunos años antes, declaraba: «Que poco después de la terminación de la peste, había encontrado un grupo de jóvenes que escandalizaban en el barrio de la Subura (1); que se trabó una lucha, y que su hermano mayor, debilitado aún de resultas de la enfermedad, alcanzado por un puñetazo de Kæson, cayó sin conocimiento. Lleváronle en brazos hasta su casa, creyéndole muerto por consecuencia del golpe. Bajo los consulados de los años anteriores no se le había permitido denunciar aquel atroz asunto.» Ante la declaración de Volscio, de tal manera se inflamaron los ánimos, que faltó muy poco para que Kæson fuese víctima de los furores populares. Manda Virginio que se apoderen de aquel hombre y le lleven á las prisiones. Los patricios rechazan la fuerza con la fuerza. T. Quinceio no cesa de gritar: «Que cuando un ciudadano, bajo el peso de una acusación capital, está en visperas de sentencia, no se le puede prender antes de su condenación, antes de su defensa.» El tribuno protesta «que no quiere enviar el acusado al suplicio antes de la sentencia, sino retenerle en prisión hasta el día en que se le juzgue. Cuando un hombre ha dado muerte á otro, el pueblo romano debe tener la seguridad de que sufrirá el castigo de su crimen.» Dirígenle á los tribunales, cuya decisión, tomando un término medio, mantiene su in-

(1) *Subura* ó *Suburra*, barrio muy frecuentado entonces en Roma, entre el Esquilino y el Quirinal.

tervención, se opone al encarcelamiento, ordena que se citará al culpable y que una caución pecuniaria responderá al pueblo de su comparecencia. Cuando se trata de fijar la cantidad que debía exigirse, no pueden ponerse de acuerdo, teniendo que decidir el Senado. El acusado, con centinelas de vista durante la deliberación, tuvo que presentar fiadores, y cada uno de éstos hubo de comprometerse por tres mil ases. Los tribunales tenían que decidir el número, elevándole á diez, á petición del acusador. Este era el primer ejemplo de caución en asuntos públicos. Despedido del Foro, á la noche siguiente se desterró Kæson entre los toscanos. En el día del juicio alegóse que se había alejado para marchar al destierro. Virginio, sin embargo, se obstinaba en celebrar los comicios, y recurrieron á sus colegas, que disolvieron la asamblea. Con tanto rigor se exigió al padre el dinero ofrecido, que vendió todos sus bienes, se retiró como un desterrado al otro lado del Tíber y vivió allí algún tiempo en una choza solitaria.

Este juicio y el proyecto de ley mantuvieron excitada á Roma, mientras descansaba de la guerra exterior. Los tribunales, á consecuencia de esta especie de victoria y del abatimiento que había producido en el Senado el destierro de Kæson, consideraban como adoptada su ley; los patricios de más edad renunciaban por su parte á la dirección de la república; pero los jóvenes, y especialmente los compañeros de Kæson, crecieron en furor contra el pueblo y no experimentaron flaqueza en su valor. Debieron, sin embargo, á su derrota la ventaja de atacar con mayor mesura. La primera vez que presentaron la ley, después del destierro de Kæson, convenidos de antemano y apoyados por numerosa falange de clientes, en cuanto los tribunales les ofreciera ocasión, expulsándoles de sus puestos, cayeron sobre ellos tan de golpe, que el honor ó la odiosidad no recayó so-

bre ninguno en particular; y el pueblo se quejaba de haber encontrado en vez de un Koeson, mil. En los días en que los tribunos no se ocupaban de su ley, nada igualaba á la mansedumbre y tranquilidad de aquellos mismos jóvenes. Dirigíanse con benevolencia á los plebeyos, trababan conversación con ellos, les invitaban á sus casas, les apoyaban en el Foro y dejaban á los tribunos que celebrasen, sin interrumpirles, sus demás asambleas. Ninguno de ellos, ni en público ni en particular, se mostraba jamás disgustado si no se trataba de la ley. La juventud era por todas partes popular. No solamente terminaron los tribunos con tranquilidad la magistratura, sino que al año siguiente se realizó su reelección, sin que ni una voz se opusiese: de tal manera se abstenerían de toda violencia. Esta conducta, estas atenciones habían dulcificado al pueblo, y gracias á estos medios, se eludió durante aquel año la adopción de la ley.

Con más tranquilidad encontraron la ciudad los cónsules C. Claudio, hijo de Appio, y P. Valerio Publicola. Nada nuevo ocurrió en este año. Presentar la ley y rechazarla, era todo lo que ocupaba los ánimos. Cuanto más se acercaba al pueblo la juventud patricia, más se esforzaban los tribunos en hacerla sospechosa con sus acusaciones. «Tramábase una conspiración. Koeson estaba en Roma. Meditase la muerte de los tribunos, la matanza del pueblo. Los patricios viejos han encargado á los jóvenes que arranquen de la república el poder tribunicio y devolver al Estado la forma que tenía antes de la retirada al Monte Sacro.» Temíase, entre tanto, que los volscos y los equos intentasen de nuevo aquella guerra, periódica, por decirlo así, y que todos los años se reproducía regularmente. Pero surgió de pronto otro peligro mucho más apremiante. Desterrados y esclavos en número de cuatro mil quinientos próximamente, con

el sabino Appio Herdonio á su cabeza, se apoderaron, durante la noche, del Capitolio y la fortaleza, degollando en el acto á cuantos se niegan á unirse á ellos, y á empuñar las armas. En medio de la conmoción acuden algunos al Foro dominados por el miedo. Oíanse gritos de «¡A las armas!» «¡El enemigo está dentro de la ciudad!» Temen los cónsules armar al pueblo, y dejarle desarmado. Ignorando en qué consiste aquella calamidad repentina, extraña ó doméstica, nacida del resentimiento ó de la perfidia de los esclavos, que ha caído sobre la ciudad, quieren calmar la agitación y frecuentemente sólo consiguen aumentarla. La autoridad no tenía imperio sobre aquella multitud temblorosa y consternada. Sin embargo, distribúyense armas, pero con precaución, las necesarias solamente, puesto que se ignora quién es el enemigo, para formar una fuerza que baste á cualquier necesidad. En medio de aquella incertidumbre, ignorando con qué especie y con qué número de enemigos tenían que habérselas, pasaron el resto de la noche en distribuir guardias en todos los puntos favorables para la defensa de la ciudad. El día descubrió al fin qué guerra era aquella y quién era su jefe. Hacíanla los esclavos, á quienes Appio Herdonio llamaba á la libertad desde el alto del Capitolio. «Había tomado en sus manos la causa de la desgracia; quería devolver á su patria á aquellos á quienes había desterrado la injusticia, y destruir el pesado yugo de la esclavitud. Prefería que el mismo pueblo romano lo ordenase así. Si nada puede esperar por este lado, se dirigirá á los volscos y á los equos é intentará todos los esfuerzos.»

El asunto quedó aclarado para los senadores y los cónsules; pero sospechaban que detrás de aquellas amenazas se ocultasen las tramas de los volscos y de los sabinos; temiendo que en el momento en que tantos

enemigos se agitaban dentro de la ciudad llegaron, de concierto con Herdonio, legiones etruscas y sabinas, y en seguida los eternos enemigos, los volscos y los equos, dispuestos ahora, no á devastar el territorio, sino á marchar sobre Roma, que consideraban tomada en parte. Mil asuntos diferentes excitaban la alarma, los esclavos sobre todo, porque cada cual podía tener el enemigo dentro de su casa. Era igualmente peligroso fiarse de él ó desconfiar, á riesgo de provocar su venganza; y aun con la concordia, apenas parecía posible salvar la república; pero en medio de tantos y tan multiplicados males, nadie pensaba en la animosidad de los tribunos y del pueblo: mal poco peligroso, que solamente lo era á falta de otro, y que, en aquel momento, debía hacerlo desaparecer el miedo del extranjero. Y sin embargo, este fué casi el único peligro real en aquellas desgraciadas circunstancias. Tal era el delirio de los tribunos, que, á escucharles, aquello no era la guerra, sino un vano simulacro de guerra, y que se había imaginado aquella invasión del Capitolio para separar la atención de la ley. «Una vez adoptada la ley, decían, esos huéspedes, esos clientes de los patricios, no teniendo ya objeto su agitación, se retirarán con menos ruido que han venido.» Hicieron, por consiguiente, quitar las armas al pueblo, y le convocan á comicios para votar la ley. Los cónsules, por su parte, convocan el Senado, más alarmados por los nuevos temores que inspiraban los tribunos, que lo estuvieron por la sorpresa nocturna.

En cuanto P. Valerio se entera de que han dejado las armas y abandonado los puestos, deja á su colega presidiendo el Senado, sale de la Curia y se dirige á los tribunos en su asamblea, exclamando: «¿Qué es esto, tribunos? ¿Queréis derribar la república bajo la dirección de Appio Herdonio y sus auspicios? ¿Tan bien ha con-

seguido corromperos quien no ha podido quebrantar á vuestros esclavos? ¿Es acaso cuando el enemigo se encuentra sobre nuestras cabezas ocasión de deponer las armas y presentar leyes?» Y dirigiendo en seguida la palabra á la multitud: «Si la salvación de la república, si vuestra salvación, romanos, os interesan algo, respetad un poco á vuestros dioses, que en este momento están en poder del enemigo: Júpiter Optimo Máximo; Juno, reina de los dioses, Minerva (1), los demás dioses y diosas están sitiados; un campamento de esclavos ocupa los penates de la patria. ¿No se diría que estamos atacados de demencia? Millares de enemigos se encuentran dentro de nuestras murallas, ¿qué digo? están en la fortaleza, encima del Foro y del Senado: sin embargo, en el Foro se celebran comicios, en el Senado se delibera como en el seno de la paz: el senador emite su opinión, el pueblo su voto. ¿No sería mejor que todos, patricios y plebeyos, cónsules y tribunos, dioses y hombres, protegiesen á Roma con las armas, correr al Capitolio, libertar y devolver la paz á esta morada augustísima de Júpiter Optimo Máximo? ¡Oh, padre Rómulo; tú, que en otro tiempo recobraste el Capitolio de esos mismos sabinos á quienes lo había entregado el oro, infunde tu valor á tus hijos! Muéstranos el camino por donde, detrás de ti, se lanzó tu ejército. Heme aquí el primero, yo, cónsul, dispuesto á seguirte, en cuanto un mortal puede seguir á un dios y marchar sobre sus huellas.» Y terminó diciendo que por su parte empuña las armas y á las armas llama á todos los romanos; si alguno se opone á ello, olvidará, para perseguirle, la autoridad consular, el poder tribunicio y has-

(1) Estas tres divinidades recibían adoración en el templo del Capitolio como protectoras de la república. Estas eran las que suponían los poetas traídas de la fortaleza de Troya á Roma.

ta las leyes más sagradas: sea quien quiera el que se oponga, en todas partes, en el Capitolio y en el Foro, le tendrá por enemigo: que los tribunos que prohíben se tomen las armas contra Herdonio, las manden empuñar contra su cónsul P. Valerio, y él se atreverá, en contra de los tribunos, á lo que se atrevió el jefe de su familia contra los reyes. Inevitables parecían las mayores violencias, y se preparaba para los enemigos el espectáculo de una sublevación en Roma. Sin embargo, ni la ley pudo aprobarse, ni el cónsul marchar sobre el Capitolio: la noche calmó la lucha que se trababa, y los tribunos retrocedieron ante la inseguridad, por temor á las armas consulares. El pueblo: mal autores de la sedición, los patricios se mezcla de otro, y penetran en medio de los grupos y desaparecen el mis en armonía con las circunstancias. Invitanos: que consideren los peligros á que arrastran á la república. «No se trata ahora de una cuestión entre patricios y plebeyos, sino que á la vez entregan al enemigo el Senado y el pueblo, la fortaleza de Roma, los templos de sus dioses, los penales públicos y los de cada ciudadano.» Mientras de esta manera se procuraba calmar las discordias en el Foro, los cónsules, temiendo un movimiento por parte de los sabinos ó de los veyos, permanecían cerca de las puertas y de las murallas.

Aquella misma noche anunciaron en Túsulum la toma de la fortaleza, la ocupación del Capitolio y el estado de agitación que, por otras causas, reinaba en la ciudad. Era dictador en Túsulum L. Mamilio; y, sin perder momento, convoca el Senado; é introducidos los que habían llevado las noticias, aconseja enérgicamente «no esperar que llegasen legados de Roma en demanda de socoros. El mismo peligro de los romanos, su crítica posición, los dioses, la fe de los tratados, reclamaban el auxilio de los tusculanos. Merecer el

agradecimiento, por un servicio extraordinario, de un pueblo tan poderoso y vecino, es un favor que no les ofrecerán dos veces los dioses ocasión de merecer.» Deciden, pues, enviar socoros; alistanse los jóvenes y se les dan armas. Al verles desde lejos al amanecer los romanos, les creen enemigos, suponiéndolos volscos y equos; pero disipados muy pronto aquellos vanos terrores, ábrenles las puertas y bajan formados al Foro. Allí ordenaba ya P. Valerio sus fuerzas, por haber dejado á su colega el cuidado de guardar las puertas. Habiendo prevalecido su viril autoridad prometió que después de recobrar el Capitolio y devolver la paz á Roma, si el pueblo consentía en escucharle, revelaría la añagaza cuyo triunfo debía asegurar la ley de los tribunos; y que después, contando con el recuerdo de sus antepasados, digno del nombre que, desde aquéllos le transmitía en cierto modo el deber hereditario de proteger los intereses populares, no presentaría ningún obstáculo á las asambleas del pueblo. Por orden suya, y á pesar de las reclamaciones de los tribunos, las fuerzas comienzan á subir la pendiente del Capitolio, y con ellas la legión tusculana: aliados y ciudadanos se disputan el honor de recobrar la fortaleza. Cada jefe excita á sus soldados: el enemigo se amedrenta, no contando más que con la ventaja de su posición. Mientras le agita el temor, los romanos y los aliados dirigen contra él sus enseñas: ya se habían abierto camino hasta el vestibulo del templo, cuando P. Valerio, animando á los suyos, ocupa la primera fila. El consular P. Volminio le ve caer, y manda á los que le rodean que cubran su cuerpo, y toma el puesto y la autoridad del cónsul. El ardor, la impetuosidad del soldado le impiden se entere de pérdida tan grande, venciendo antes de enterarse de que combatía sin general. Multitud de desterrados mancharon el templo con su sangre; otros mu-

clios son capturados vivos. Herdonio quedó muerto. Así se recobró el Capitolio. Los prisioneros, según eran libres ó esclavos sufrieron, el suplicio propio de su condición (1). Los tusculanos recibieron las gracias; purificóse el Capitolio y se ofrecieron sacrificios. Dícese que cada plebeyo llevó á la casa del cónsul la cuarta parte de un as para aumentar la pompa de los funerales.

Restablecida la paz, los tribunos estrechan al Senado para que cumpla la promesa de P. Valerio, y, dirigiéndose á Claudio para que preserve del perjurio los manes de su colega, y deje presentar la ley. El cónsul sostiene que antes de reemplazar á su colega, no consentirá que se presente la ley. Estas discusiones se prolongan hasta los comicios encargados de elegir un cónsul subrogado (2). En el mes de Diciembre, gracias á los esfuerzos de los patricios, nombran cónsul á L. Q. Cincinnato, padre de Kæson, que en seguida tuvo que entrar en funciones. El pueblo estaba consternado: veíase en manos de un cónsul irritado, omnipotente por el favor del Senado, por su mérito y por la influencia de sus tres hijos, de los que ninguno cedía á Kæson en grandeza de ánimo; pero que, por su prudencia y moderación, cuando lo exigían las circunstancias, le eran superiores. En cuanto quedó revestido de su magistratura, asiduo en su tribunal, desplegó igual energía para contener al pueblo como para amonestar á los patricios. «Por la debilidad de este orden, decía, se per-

(1) Es decir, los hombres libres fueron decapitados y los esclavos crucificados.

(2) Cuando un cónsul ú otro magistrado moría en el ejercicio de su cargo antes que terminase el tiempo que debía durar, el cónsul superviviente ú otro magistrado designado para celebrar los comicios pedía al pueblo que le reemplazase. El que nombraba el pueblo en sustitución del difunto añadía á su título el epíteto de *suffectus*.

petúan en su cargo los tribunos, reinando, no sobre la república del pueblo romano, sino como sobre una familia desordenada, por la lengua y las invectivas. Con su hijo Kæson habían sido desterrados de Roma el valor, la fortaleza y todas las virtudes militares y civiles de la juventud. Habladores, sediciosos, fraguadores de discordias, dos veces, tres veces tribunos, gracias á malas artes, vivían con regia licencia. ¿Acaso A. Virginio, dice, por no haber estado en el Capitolio, merece menos la muerte que Ap. Herdonio? Sin duda mil veces más, si se quiere juzgar con equidad. Al menos Herdonio, al declararse enemigo vuestro, os advirtió en cierto modo para que empuñaseis las armas; ese otro, cuando negaba la guerra, os quitaba las armas de las manos, entregándoos desnudos á vuestros esclavos y á los desterrados. Y vosotros (lo diré sin ofensa para C. Claudio y el difunto P. Valerio), ¿habéis llevado vuestras enseñas al pie del Capitolio, no habiendo exterminado primero esos enemigos del Foro? ¡Me avergüenzo por los dioses y los hombres! Cuando el enemigo era dueño de la fortaleza y del Capitolio; cuando un jefe de desterrados y de esclavos, manchado con todas las profanaciones, se había establecido en la morada de Júpiter Optimo Máximo, Túsculum, antes que Roma, tomó las armas. Háse podido dudar quién, si L. Mamilio, jefe de los tusculanos, P. Valerio ó C. Claudio, cónsules romanos, habrán libertado la fortaleza de Roma. Y nosotros, que en otro tiempo no soportamos que los latinos, viendo al enemigo en su territorio, tomasen las armas para su propia defensa, hoy si los latinos no hubiesen empuñado las armas por sí mismos, nos encontraríamos cautivos y anonadados. ¿Es así, tribunos, como se socorre al pueblo, entregándole sin defensa á la matanza? ¿Cómo si algún hombre de vuestro pueblo, si el último de esa clase, que en cierta manera separáis del resto de la

nación para formaros una patria especial, una república particular; si uno de ellos viniere á decirnos que sus esclavos, con las armas en la mano, sitiaban su morada, ¿no pensaríais que era necesario socorrerle? Y á Júpiter Optimo Máximo, á quien sitiaban desterrados y esclavos, ¿no se le debía ningún socorro humano! Y estos piden que se les declare inviolables y sagrados, cuando para ellos no son sagrados ni inviolables los dioses. Por llenos que estéis de delitos contra los dioses y los hombres, no cesáis de decir que triunfará vuestra ley este año. En ese caso, si triunfáis, á fe mía el momento en que se me creó cónsul fué más fatal á la república, más fatal mil veces que aquel en que pereció nuestro cónsul Valerio. Pero ante todo, romanos, añadió, no mi colega y yo hemos decidido llevar las legiones contra los volscos y los equos. No sé por qué fatalidad en el combate encontramos los dioses más favorables en los combates que en la paz. El peligro en que esos pueblos pudieran ponernos si hubiesen sabido que los desterrados ocupaban el Capitolio, mejor es apreciarlo por el pasado que experimentararlo algún día.»

Las palabras del cónsul conmovieron al pueblo: reanimados los patricios, creyeron ver renacer la república. El otro cónsul, más atrevido para reanudar una empresa que para dirigirla, dejó sin dificultad que su colega se comprometiese en empeño tan arduo, pero reclamó en la ejecución su parte de funciones consulares. Los tribunos sin embargo se burlaban de aquellas palabras que consideraban vanas, y preguntaban con insistencia: «¿Cómo llevarían los cónsules un ejército que nadie les dejaría levantar?»—«No tenemos que hacer alistamiento, respondió Quincio, cuando, para recobrar el Capitolio, dió P. Valerio las armas al pueblo, á petición suya juraron todos reunirse bajo sus órdenes y no separarse sin su mandato. Nosotros decre-

tamos que todos vosotros que habéis prestado ese juramento (1), os presentéis mañana armados en el lago Regilo.» Los tribunos procuraron por medio de sofismas destruir los escrúpulos del pueblo: «Quincio no era más que un sencillo ciudadano cuando se ligaron con aquel juramento.» Pero entonces no reinaba, como en nuestro siglo, indiferencia para con los dioses; no se sabía interpretar los juramentos y las leyes para acomodarlas al propio gusto, prefiriéndose acomodar á ellos la conducta. Desesperando los tribunos de estorbar aquellos designios, trataron de detener la marcha del ejército; difundióse además el rumor de que los augures mismos habían recibido orden de presentarse en el lago Regilo y de inaugurar un emplazamiento en el que, después de los ritos sagrados, pudiesen tratarse los asuntos públicos. Allí, todo lo que la violencia tribunicia había podido conseguir en Roma, debía desaparecer en los comicios. Adoptaríase cuanto quisieran los cónsules, porque la apelación de los tribunos no tenía fuerza á más de una milla de la ciudad; y ellos mismos, si se presentaban confundidos con la muchedumbre de los patricios, quedarían sujetos á la autoridad consular.» Asústanse de estos rumores, pero muy pronto llegó el terror al colmo, porque Quincio repetía públicamente que no convocaría los comicios para la elección de cónsules. Los males de la república no eran de aquellos que podían curarse con remedios ordinarios; necesitaba un dictador, y si alguno trata de comprometer la tranquilidad pública, sabrá que la dictadura no admite apelación.»

El Senado estaba en el Capitolio y los tribunos acu-

(1) El juramento tenía tanta fuerza entre los romanos, que nada les sujetaba más á las leyes. Muchas veces realizó empresas por el juramento que no hubiese intentado por la gloria ni por la patria.

den á él con el pueblo consternado. La multitud implora á gritos compasión, ora de los cónsules, ora de los senadores; pero el cónsul permanece inflexible hasta que los tribunos hubieron prometido someterse á la autoridad del Senado. Dando cuenta entonces el cónsul de las peticiones de los tribunos y del pueblo, se decretó por senatus-consultos: «Que los tribunos no presentarían su ley aquel año, y que los cónsules no sacarían el ejército fuera de las murallas. En lo venidero, la continuación de los magistrados en sus cargos, la reelección de los mismos tribunos, serían, á juicio del Senado, ataques á la república.» Los cónsules se conformaron con estos decretos; pero los tribunos, á pesar de las reclamaciones de los cónsules, fueron reelegidos. A su vez los patricios, por no ceder nada al pueblo, presentaban cónsul á L. Quincio. Jamás apostrofó el cónsul con tanta energía en todo el año. «¿Extrañará, padres conscriptos, el descrédito de vuestra autoridad ante el pueblo? Vosotros mismos la destruís. Así, pues, porque el pueblo viola vuestros decretos, continuando con sus magistrados, ¿vais á violarlos vosotros mismos, para igualar en el desorden á la multitud, como si en el Estado estuviese unida la preponderancia á la ligereza y á la licencia? Porque hay sin duda más ligereza en destruir las propias deliberaciones y los propios decretos que los ajenos. Imitad, padres conscriptos, á esa turba inconsiderada; destinados á servir de modelo á los demás, seguid vosotros mismos su funesto ejemplo, antes que atraerla á la justicia con el vuestro. En cuanto á mí, lejos de imitar á los tribunos, no consentiré, con desprecio de vuestro senatus-consulta, mi reelección al consulado. Y á ti, C. Claudio, te conjuro para que separes al pueblo romano de tales excesos; y júzgame bien para persuadirte de que, lejos de ver en tus manobras un obstáculo á mi elevación, á mis ojos realzan

la gloria de mi negativa y contribuirán á alejar de mí lo odioso que va unido á una reelección.» Los dos cónsules decretan en común «que ningún ciudadano debe presentar á L. Quincio para el consulado, y si alguno lo hace, se anulará su voto.»
 Créáronse cónsules á L. Fabio Vibulano, por tercera vez, y á L. Cornelio Maluginense. Este año se hizo el censo de los ciudadanos; pero sin cerrar el lustro, porque la toma del Capitolio y la muerte del cónsul eran agüero siniestro. En cuanto entraron en funciones Fabio y Cornelio, comenzaron con el año las turbulencias. Los tribunos hostigaban á la plebe: los latinos y los hérnicos anunciaban una guerra terrible de parte de los volscos y los equos. Ya se encontraban en Anzio las legiones volscas y la misma colonia inspiraba graves temores de traición. Con sumo trabajo se consiguió de los tribunos que ante todo se pensaría en la guerra. Repártense los mandos los cónsules: Fabio debía llevar las legiones á Anzio; Cornelio quedar guardando á Roma, para impedir que parte de los enemigos, como acostumbraban los equos, viniese á devastar el territorio. Los hérnicos y los latinos recibieron órdenes para suministrar soldados, según los convenios, y los aliados formaron las dos terceras partes del ejército; el resto era de ciudadanos. En cuanto los aliados llegaron, en el día fijado estableció el cónsul su campamento fuera de la puerta Capena; después, habiendo revistado sus tropas, marchó sobre Anzio, deteniéndose cerca de la ciudad y del campamento enemigo. Los volscos, que no se habían reunido todavía al ejército de los equos, rehusan el combate y atienden á su reposo y seguridad detrás de las empalizadas. A la mañana siguiente, Fabio, que no quiere confundir y reunir á los aliados y á los ciudadanos, forma de los tres pueblos tres cuerpos separados, colocándolos en derredor de las empalizadas enemí-

gas: el centro lo ocupa él con las legiones romanas. Todos tenían orden de prestar atención á las órdenes que diese; para que los aliados pudiesen atacar al mismo tiempo que él, ó retirarse, si mandaba tocar retirada. Cada pueblo tenía su caballería dispuesta, según la táctica. Este triple ataque envuelve el campamento. Estrechados por todas partes, los volscos no pueden resistir el ímpetu y los arrojan de sus fortificaciones. Atraviesan los romanos las empalizadas, lanzan sobre un solo punto aquella gente aterrada y la expulsan del campamento. En el desorden de la fuga, la caballería, que por la dificultad de atravesar las empalizadas había permanecido hasta entonces espectadora del combate, toma parte en la victoria, destrozando á los fugitivos. Grande fué la matanza dentro y fuera del campamento; pero mayor fué el botín, porque el enemigo apenas pudo llevarse las armas: á no proteger los bosques la fuga de aquel ejército, hubiese quedado completamente destruido.

Mientras se realizaban estos movimientos delante de Anzio, destacan los equos un cuerpo de su juventud más escogida, que sorprendiendo de noche la fortaleza de Túsculum, se apodera de ella. El grueso del ejército se establece cerca de las murallas de la ciudad para llamar la atención. Llegan á Roma las noticias; de Roma vuelan al campamento de Anzio, y producen tanto efecto en los romanos, como si los anunciaran la toma del Capitolio. El servicio de los tusculanos estaba reciente aún: la igualdad del peligro que les amenaza con aquel de que libertaron á Roma, reclama iguales socorros que recibieron de ellos. Fabio lo abandona todo, traslada apresuradamente el botín desde el campamento á la ciudad de Anzio; deja allí corta guarnición; y corre á Túsculum á marchas forzadas. Los soldados no pudieron trasportar más que sus armas y los

alimentos preparados que encontraron á mano. Las remesas que Cornelio enviaba de Roma cubrieron á sus necesidades. Durante algunos meses se hizo la guerra en Túsculum. El cónsul, con parte del ejército, sitió el campamento de los equos, habiendo cedido el resto á los tusculanos para que recobrasen la fortaleza. No pudo triunfar la fuerza, pero les venció el hambre, y cuando estuvieron reducidos á la última extremidad, los tusculanos les hicieron pasar bajo el yugo, desnudos y sin armas. Cubiertos de ignominia huían hacia sus moradas, cuando el cónsul Fabio les alcanzó cerca del Algido y les exterminó hasta el último, viniendo á acampar con su ejército victorioso en Columen (así se llama este punto). Considerando el otro cónsul que después de esta derrota del enemigo no corren peligro alguno las murallas de Roma, se aleja de la ciudad. Entonces entran los dos cónsules por puntos diferentes en el territorio enemigo, y rivalizan en esfuerzos para extender las devastaciones, el uno en el país de los volscos, el otro en el de los equos. Encuentro en algunos autores que en este año tuvo lugar la defección de los anziatos, y que el cónsul L. Cornelio, encargado de esta guerra, se apoderó de su ciudad; sin embargo, no mencionando estos acontecimientos los escritores más antiguos, no me atrevo á asegurarlos.

Terminada esta guerra, agitó al Senado la intestina que hacían los tribunos. Estos exclaman: «Que es una perfidia retener el ejército fuera, una traba puesta á la adopción de la ley; pero que no por ello dejen de llevar á cabo su empresa.» Obtiene, sin embargo, L. Lucrecio, prefecto de Roma, que para comenzar los trabajos esperaran los tribunos el regreso de los cónsules. Habíase promovido nueva causa de disturbios: los cuestores A. Cornelio y L. Servilio habían demandado á M. Volscio por haber dado contra Kæson una declara-